



SANTIAGO EN 1910, PARIS EN AMERICA. *NOTAS A PROPOSITO DEL PRIMER CENTENARIO*

René Martínez Lemoine¹

Fecha de recepción: 05/07/06
Fecha de aceptación: 04/09/06

Abstract

Este trabajo, trata de las apreciaciones públicas y urbanas que se dieron en la ciudad de Santiago a instancias de la celebración del primer Centenario de la República, en el año 1910. Es una rememoranza de aquellas visiones que la ciudad sustrajo a los medios periodísticos, personajes y liderazgos de una sociedad autosatisfecha por el progreso notable alcanzado por el país en las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, pero que ignoró los movimientos obreros y expresiones de disconformidad social que ya comenzaban a ebullicar en esos años.

La ciudad, como una vasta, compleja y heterogénea construcción en el espacio, erigida a través de las edades por innumerables y, la más de las veces, anónimos constructores, representa la mayor suma de obra humana acumulada en el tiempo, en la que cada generación va dejando una muestra de su aporte en vivienda, espacios, instalaciones y monumentos, vale decir, de su particular cultura y modo de vida en su propio tiempo.

Ciertamente, cada ciudad es historia y memoria de sí misma, testimonio permanente de la continuidad del hombre y de la sociedad humana con su propio pasado. En ese sentido, como somos herederos de nuestra historia y de los hombres y mujeres que construyeron y legaron las ciudades en las que vivimos, es importante rescatar esos valores culturales, sociales, arquitectónicos y urbanísticos de modo de visualizar el paso del tiempo, que se materializa, se hace objeto y se torna visible en la ciudad, en la medida que nos "cuenta" algo.

Palabras claves: Centenario, opinión pública, historia urbana, adelantos urbanos

Abstract

This article reviews the public and urban opinions on the celebration of the first centenary of the Republic in Santiago in 1910. It is a remembrance of visions of the city given by public leaders and the media that represent a part of society that is satisfied by the notable progress of the country by the end of the nineteenth century and early twentieth century, but that failed to include the workers' movement and the expressions of social disappointment that were starting to grow during those years.

The city as a vast, complex and hybrid construction in space, built through decades by hundreds and mostly anonymous builders, represents the biggest human construction accumulated over time, where each generation contributes to providing housing, spaces, infrastructure and monuments that reflect their particular time and way of life.

Certainly, each city is history and memory of itself; a permanent testimony of the continuity of man and human society with its own past. In that sense, we are inheritors of our history and of the men and women that built the cities where we now live. It is important to rescue those cultural, social, architectural and urban values as a way of visualising the passage of time that materialises, turns into object and makes itself visible in the city that "tells" us something.

Keywords: centenary, public opinion, urban history, urban advances



Plaza de Armas de Santiago de Chile en los años del primer centenario. Se observa el gran portal Fernández Concha, construido a partir de 1869.

¹ Arquitecto, docente Universidad Central de Santiago. Correo electrónico: rmartinezl@ucentral.cl

1. Introducción

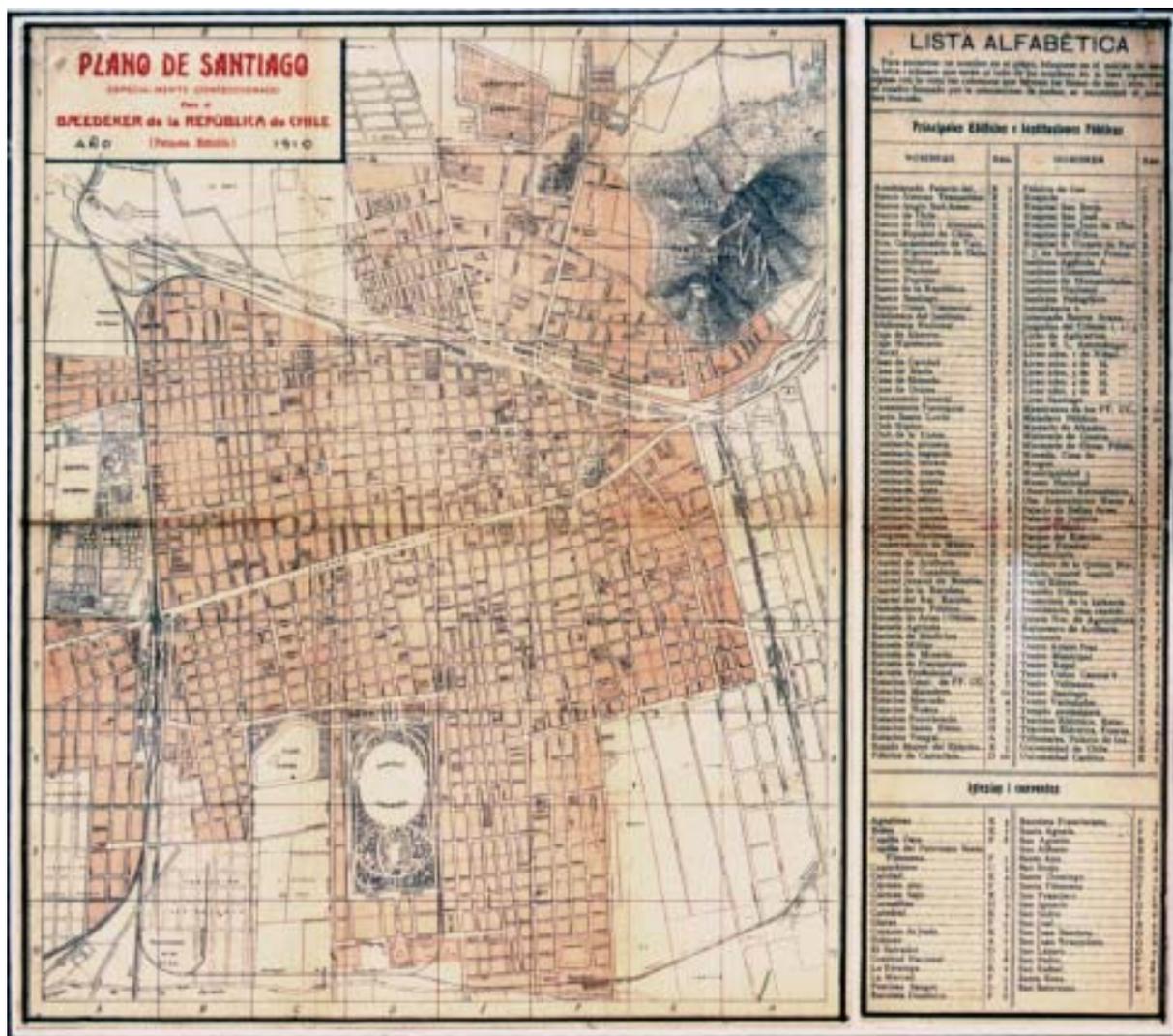
La ciudad, tal como la encontramos en la historia y la conocemos hoy, es una vasta, compleja y heterogénea construcción en el espacio. Erigida a través de las edades por innumerables y, la más de las veces, anónimos constructores, representa la mayor suma de obra humana acumulada en el tiempo. Cada generación va dejando en ella una muestra de su aporte en términos de vivienda, espacios, instalaciones y monumentos, y de su particular cultura y modo de vida en su propio tiempo.

Desde este punto de vista, cada ciudad es historia y memoria de sí misma, testimonio permanente de la continuidad del hombre y de la sociedad humana con su propio pasado. En este sentido, somos herederos de nuestra historia y de los hombres y mujeres que construyeron y nos legaron las ciudades en que vivimos.

Al decir que la ciudad es, por esencia historia, no nos referimos a aquello que habitualmente se considera historia, es decir, los hechos que han condicionado la evolución social y política de un pueblo. La ciudad es historia en la medida en que sus valores culturales y arquitectónicos, las formas de vida y de relación entre sus habitantes, el paso del tiempo, se materializan, se hacen objeto, se tornan visibles en la ciudad, en la medida en que “nos cuentan” algo.

Para un observador atento e interesado, la ciudad es un libro abierto donde se puede leer desde historia hasta economía, desde estructura de la sociedad hasta patrones culturales y estéticos. A ello se agrega que no son sólo los edificios los que “hablan”, sino que la estructura misma de la ciudad, su organización espacial, su continuidad o discontinuidad, su concepción del espacio abierto o cerrado, son otras tantas lecturas de pautas culturales.

En su sabiduría, el viejo maestro Mumford decía: “En la ciudad, el tiempo se hace visible”.¹



Plano de Santiago de Chile de 1910, en «Baedeker de la República de Chile».

¹ Mumford, Lewis: *La cultura de las ciudades*, pág. 12. Emece editores, B. Aires, s/f.

La “otra” historia, la historia política, es mucho menos aparente, constituye un concepto “aprendido”. El “*aquí durmió San Martín después de la batalla de Chacabuco*”, no se reflejaba en modo alguna en la cas@ona de la calle Santo Domingo, recientemente demolida. La pequeña y desaparecida cada de Santo Domingo 627, morada de la hermosa colorida Doña Rosario Puga, amante de Don Bernardo y madre de su hijo D. Demetrio O’Higgins y Puga, es hoy una escuelita municipalizada, en cuyo patio retozan niños de corta e inocente edad sin que nada en su aspecto exterior pueda evidenciar tan extraordinario cambio de uso.

Así pues, nuestro entorno construido, con sus viviendas, palacios, edificios públicos, espacios abiertos, parques y jardines, instalaciones y monumentos, constituye, en último término, una lección permanente de historia de la cultura.

Todo este largo preámbulo para señalar que la historia de nuestro primer centenario se inicia en el año UNO, en aquella orgullosa y polémica fecha en que un Cabildo Abierto, presidido por un añoso aristócrata criollo, se declaró “*Fiel vasallo de más adorable monarca Fernando*”²

Demás estaría recordar que “el bien amado” era Fernando VII, reemplazado, tras la invasión napoleónica, por José Bonaparte, el Pepe botella de los “inválidos”.

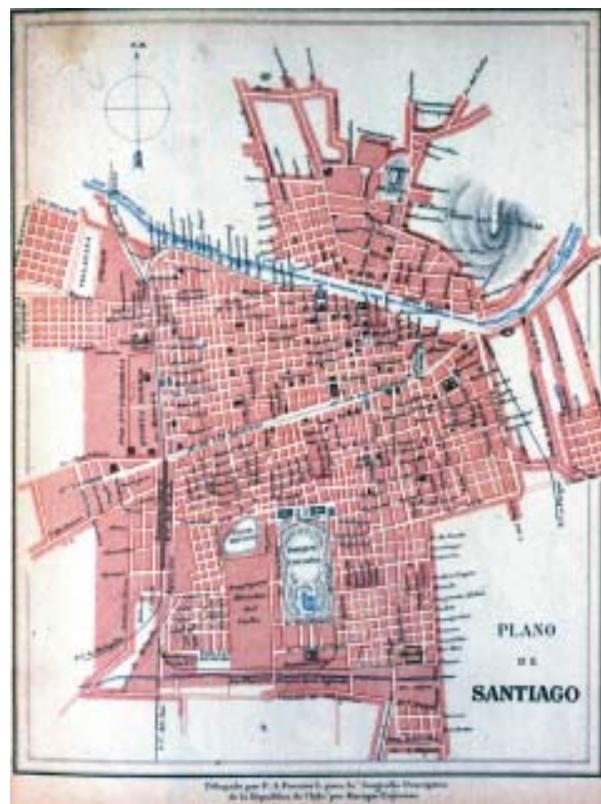
Partamos pues de esa fecha señera y engañosa cuando la ciudad se aprestaba a cumplir 270 años y se empinaba a los 36.000 habitantes.

En estos casos los testigos presenciales son indispensables. Recordemos, entonces, lo que dice el gran D. Vicente Pérez Rosales refiriéndose a la ciudad en los primeros años de la Independencia.

“¿Qué era Santiago en 1814?. Santiago en 1814, para sus felices hijos un encanto, era para el recién llegado extranjero una apartada y triste población, cuyos bajos y mazacutudos edificios, bien que construidos sobre calles rectas, carecían hasta de sabor arquitectónico. Contribuía a disminuir el precio de esta joya, hasta su inmundito engarce, porque si bien se alzaba sobre la fértil planicie del Mapocho, limitaba su extensión, al Norte el basural del Mapocho, al Sur el basural de la Cañada, al Oriente el basural del recuesto del Santa Lucía y, el de San Miguel y San Pablo al Occidentes”³.

El corazón de la ciudad, la Plaza Mayor de Armas o Plaza de la Independencia, nombre este último que nadie recuerda o nadie usa, no sale mejor considerando en los memorialistas de la época:

“La Plaza de Armas no estaba empedrada. El Mercado de Abastos en el costado oriente, era un galpón inmundito. El resto estaba ocupado por los vendedores de mote, picarones y huesillos y por los caballos de las carnicerías. A esto hay que agregar una ancha acequia que recorría toda la Plaza. Lo que había en sus orillas no es para decirlo pues para los vendedores no había otro lugar



Plano de Santiago, en «Geografía descriptiva de la República de Chile», 1910.

para el descanso. Cuando entró a Chile el Ejército de los Andes, se encargó a los soldados que vigilaran a las personas que hacían sus diligencias en la calle, obligando a pagar a los infractores, cuatro reales por un caso y un peso por el otro... En la cuadra que está al oriente del teatro Municipal, había una letrina, palabra que sólo indicaba que en sus inmediaciones se podían evacuar ciertas diligencias. Aún así, no era posible pasar por esta vereda sin gran peligro y, aún así, con las narices tapadas”⁴.

En 1835 el intendente Cavareda hizo ejecutar el empedrado de la Plaza y colocar en el centro de Pila de Rosales con sus exóticos personales y animales tropicales que representan la Libertad Americana y que hoy han vuelto a ocupar ese lugar geométrico.

No por estar empedrada dejaban de circular por ella, en cualquier sentido, calesas, carretas y peatones de todas las clases sociales. Ernesto Charton de Treville nos ha dejado un testimonio gráfico hacia 1850 con el Portal de Sierrabella, el Hotel del Comercio y, por encima de este las torres de la Iglesia de la Compañía. Un caballero de levita y sombrero de copa acompañado de una dama en crinolina, se pasea entre una carreta

² Castedo, Leopoldo: *Resumen de la Historia de Chile*, pag. 498. Zig-Zag, 1954

³ Pérez Rosales, Vicente: *Recuerdos del Pasado*, pág. 1. Imprenta Gutenberg, 1888.

⁴ Zapiola, José: *Recuerdos de treinta años*, pág. 62-65. Zig-Zag, 1945.

con bueyes y el jardincillo enrejado central Caballos y perros vagos completan el cuadro costumbrista.

Deben ser los últimos estertores de una sociedad tradicionalista que duerme todavía la siesta y la modorra colonial.

2. La ciudad del novecientos.

Pero volvamos a Pérez Rosales y sus recuerdos de 1860.

“Quién hubiera imaginado que aquellos inmundos ranchos que acrecían la ciudad tras el basural de la antigua Cañada, se habían de convertir en parques, suntuosas residencias y, lo que es más, el mismo basural se había de tornar en Alameda de las Delicias, paseo que, sin rubor, puede envidiarnos para sí, la más pintada ciudad de la culta Europa.”⁵

el cambio aparece gavillado, desde mediados del siglo por la llegada de “*profesores, médicos, ingenieros, arquitectos, agrónomos, enólogos, litógrafos, impresores, músicos y artistas franceses*”.⁶ (Agreguemos, por nuestra parte, a los peluqueros, las modistas y los “*chefs de cuisine*”)

Destaquemos, por lo pronto, a Brunet Des Baines y Luciano Henault entre los arquitectos y a Monvoisin y Char-ton de Treville entre los pintores, por la profunda influencia que ejercieron en la renovación arquitectónica y artística del siglo XIX.

La semilla del cambio cultura esta sembrada y daría nuevos frutos con la llegada a la Intendencia de Santiago de Benjamín Vicuña Mackenna en 1872. Era la época en que la sociedad chilena, seducida por la cultura francesa, podía enorgullecerse de ser París en América, lo que, por otra parte, era la pretensión de todas las capitales americanas tras la transformación de París bajo Napoleón III y Asuman, el Prefecto de El Sena.

Hacia el último tercio del siglo la palabra “*transformación*”, Adquiere un significado universal como sinónimo de urbanismo y de progreso. Las ciudades europeas y americanas rivalizaban en ambiciosos planes de hermooseamiento. El fenómeno se repite en América Latina dónde la influencia francesa se había hecho sentir con particular fuerza a partir del proceso emancipador. A pesar de Napoleón, Francia representaba para los americanos las ideas liberales.

Así es como las ideas de renovación llegan hasta Chile por intermedio de Vicuña Mackenna quien había sido testigo en Francia del ocaso del Segundo Imperio y la proclamación de la República en el espléndido marco urbano creado por Asuman.

No es extraño, entonces, que Santiago se pueble de mansiones que reproducen, en yeso y escayola, toda la gama de estilos históricos y seudo históricos en boga en la Europa de fines del novecientos, con la abrumadora influencia de L'École de Meaux Arts de París.

La sociedad chilena, “fin de siècle” pretendía revivir los usos y costumbres de París Imperial. Las mansiones se alhajaban con ebanisterías y boullés, tapicerías de Beauvais y de Au-

busson, porcelanas de Sevres, cristales y luminarias de Bacarat. Los jardines se adornaban con jarrones, esculturas y fuentes de hierro forjado de Val D'Osne. Las matronas se hacían retratar, desde Monvoisin en adelante, con atuendos y joyas dignas de Las Tullerías.

Arquitectos, retratistas y paisajistas franceses se encargaban de hacer realidad las demandas de una sociedad refinada y elitista.

Dos viajeros franceses nos han dejado sus impresiones sobre la ciudad en vísperas del centenario: Charles Wiener y Theodore Chile.

Dice Wiener:

“A menudo nos hemos preguntado a que estilo pertenecen las mansiones elegantes, las residencias señoriales de Santiago y no hemos podido encontrar. Lo que existe son fachadas y decoraciones que varían al infinito, mostrando ya una techumbre renacentista sostenida por columnas bóricas, ya un cuerpo central florentino flanqueado por alas “d'un style quelconque”. Sobre el ladrillo o el revestimiento de murallas, sobre el yeso, el estuco o la maderera aparecen los colores que, a la luz, de la tarde, representan mármoles y granitos, pórfidos y jades”.⁷

Child es aún más cáustico o menos diplomático:

“Lo poco que existe de notable en la arquitectura de Santiago, está invariablemente construido en estilo renacimiento o sus derivados. En arquitectura se imita aquí tanto lo



Palacio de Bellas Artes. Arq. Emilio Jecquier, 1910. Foto del autor.

⁵ Pérez Rosales, Vicente: Op. Cit. pág. 3.

⁶ Blancpain, J. Pierre: *Francia y los franceses en Chile*, pag. 98. Hachette, París 1987.

⁷ Wiener, Charles: *Chile et chiliens*, pág. 13-14. Lib. Cerf., París, 1888.



Canalización río Mapocho, óleo de B. Rebolledo. Museo Bellas Artes de Talca.

bueno como lo malo. En Chile la única fuente de inspiración es la imitación. Tal ausencia de originalidad es la marca de un gran número de residencias particulares construidas a precio de oro por la riqueza o por la vanidad. Un ciudadano de la República se ha hecho construir una mansión pompeyana ampliando las dimensiones del modelo hasta lo inadmisibles. Otro se muestra orgulloso de su sombría residencia de un falso tudor. Un tercero ha imaginado que la suprema originalidad sería una villa turco-siamesa con cúpulas doradas y un minarete sobre el techo”.⁸

A pesar de sus aprensiones estilísticas, Charles Wiener no puede menos que exclamar:

“¡Que hermosa es la Alameda con su doble hilera de árboles, sus acequias, sus edificios, desde las cabañas a los palacios espléndidos. A ciertas horas del día, Santiago presenta, bajo la luz crepuscular, un aspecto feérico e inverosímil...”⁹

La Alameda era, no cabe duda, el más importante paseo urbano. Grabados de la época muestran rito de sociedad de ver y dejarse ver, con el *concho del baúl*, como se estila decir en Chile. Un tercer viajero francés se refiere a ella en los términos siguientes:

“La Alameda, que dicho sea de paso, no tiene ningún álamo, es una hermosa avenida que, en las chapas de señalización colocadas en las esquinas aparece como “Rue de Delices”. Allí se despliegan los monumentos a los hombres notables, Carrera, San Martín, O’Higgins, el abate Molina y tantos más.”¹⁰

En Chile, termina diciendo el viajero, se compara, con ventaja, la Alameda a los Campos Elíseos.

El campo de Marte, el bosque de Boloña, los Campos Elíseos ...!

¡París en Santiago!

Para que la ilusión sea perfecta, la avenidas conducentes al Parque Cousiño pasan a constituir el sector residencial de

alta categoría. El Palacio Cousiño, el Palacio Astoreca, para no nombrar sino a los sobrevivientes, son testigos del paseo de la tarde que se encausaba por la Avenida del Dieciocho de Septiembre pavimentada con adoquines traídos de Cherburgo, Francia, hasta que comenzó a hacerse en Conchalí...

Un cronista de sociedad de comienzos del siglo XX decía lo siguiente:

“En aquel tiempo, la calle Dieciocho era de mucha categoría. Familias importantes y adineradas habían construido allí sus residencias. Alcanzamos a conocerlas con aquel pavimento de madera que contrastaba con las otras rúas de piedra de huevillo que tan tremendo ruido hacían al contacto con el acero de las ruedas de los carruajes. Desde que se entraba en la calle Dieciocho, sólo se sentía como un rumor aristocrático y elegante”.¹¹

3. El parque y la vida social.

El “Baedeker de la República de Chile”, Edición del Centenario, ensalza las bondades del parque y el brillo de la vida social.

“En el centro posee una vasta elipse conocida como campo de Marte. En ella se desarrollan las maniobras militares,



Estación Mapocho. Inaugurada en 1912, obra del arquitecto Emilio Jecquier. Se convirtió en la puerta de entrada internacional de Santiago.

⁸. Chile, Theodore: *Les Républiques hispano-américaines*, pág. 118-119. Hachette, París, 1891

⁹. Wiener, Charles: *Op. Cit.*, pág 14

¹⁰. Cordemoy, C. de : *Au Chili*, pág. 41. Hachette, París, 1899

¹¹. Balmaceda Valdés, Eduardo: *Del Presente y del Pasado*, pág. 114. Ercilla, 1941.

las grandes revistas y las fiestas de los días de la Patria. En medio de los jardines hay un vasto lago cuyos botes están a disposición de los paseantes a razón de 1 peso la hora. Los tranvías eléctricos llegan hasta allí y se proyecta extender el servicio a todo el paseo.

En Primavera, Verano y Otoño, el Parque es el paseo favorito y obligado del “beau monde” santiaguino. La notable belleza de las damas, sus elegantísimas toilettes, los lujosos carruajes, hacen recordar, sin exageración, los paseos del Bois de Boulogne de París.

La vida social no tiene nada que envidiar a las más cultas ciudades europeas con la ventaja que aquí no se conocen los amaneramientos, la “posse” ni la frivolidad...” (sic!)

*La vida del gran mundo es bastante activa, bailes y recepciones en las veladas de invierno. La Opera es el “rendez vous” de la más refinada elegancia, las carreras, el paseo del parque, son otras tantas exposiciones del gran lujo local”.*¹²

4. Los barrios populares

Por contraste, el pueblo trabajador vive hacinado en conventillos insalubres o en ranchos contruidos sobre terrenos arrendados “a piso”, sin servicios y bebiendo agua contaminada de acequias y canales. Es significativo que una de las primeras preocupaciones del Intendente Vicuña Mackenna, en su Informe de 1872, hayan sido la de las precarias condiciones de vida de los barrios periféricos.

Comisiones designadas por el Intendente, entregan sombríos informes sobre tres áreas críticas, los barrios al sur de Diez de Julio actual, el área norte de San Pablo hasta el río y el barrio ultra-mapocho, correspondiente a parte de Vivaceta actual.

Los barrios del sur:

“Conocido es el origen de esa ciudad injertada en la culta capital de Chile y que tiene casi la misma superficie del Santiago propio la ciudad ilustrada, opulenta, cristiana. Arrendado todo el terreno “a piso” se ha edificado en toda el área un inmenso aduar africano en que el rancho in-mundo reemplaza a la ventilada tienda del bárbaro y de ello resulta que esa parte de la población sea sólo una inmensa cloaca de infección y vicio, de crimen y de peste, un verdadero potrero de la muerte”.

Las otras dos Áreas aparecen descritas como:
“... inmensas rancherías que más que suburbios de ciudad parecen tolderías de indios con paredes desplomadas, pantanos de inmundicia, cerros de basura, acequias derramadas, de insalubridad difícil de pintar, verdaderos cementerios humanos...”¹³

La acción del Intendente encuentra eco en la constitución de sociedades filantrópicas que inician la construcción de “cités” para la clase trabajadoras. Cuarenta años más tarde, el año del centenario, la situación no parece haber mejorado.

Un Informe de 1903 reseña la situación de una familia obrera compuesta de nueve personas:

“Estas personas viven juntas en una sola pieza de habitación. El matrimonio tuvo otros hijos, además de los nombrados, pero han muerto. Uno a causa de epidemias como la peste alfombrilla y otros recién nacidos a consecuencias del descuido.

El jefe de familia perdió a sus padres a los diez años. Fueron catorce hermanos, once de ellos murieron...

*La madre es casada en segundas nupcias, pues había contraído matrimonio a los dieciséis años y enviudado a los dieciocho. Vino a Santiago con dos hermanos que le quedaban de seis que eran”.*¹⁴

Escena costumbrista.

En tiempos del primer centenario y, por lo menos hasta mediados del siglo XX ningún ejemplar de la fauna santiaguina, sin distinción de sexo o de categoría social, osaba salir a la calle sin cubrirse la cabeza. ¡No era propio! Se cuenta que en la emergencia de un fortísimo temblor, cierta dama huyó a la calle, completamente desnuda, pero... ¡con sombrero!

Las malas lenguas, complemento indispensable de la vida social, echaron a correr el rumor que la dama en cuestión había sido sorprendida en pleno acto de amor...!

El género masculino, en las fotografías de la época, muestra las testas cubiertas con chambergos, calañés, hallulas, jockeys y hongos. En ceremonias oficiales era de rigor el tarro de pelo.

Las damas, por su parte, abandonado el manto tradicional, o relegado al rito de la misa, se cubrían con tocados inverosímiles, con velos y flores, frutas y pájaros que daban a su poseedora una cierta majestad y hieratismo en el andar ya que el peso del adminículo y la precariedad del sostén, con pinches y agujetas desafiaban la fuerza de gravedad y el equilibrio.

Los periódicos recomendaban transitar con cuidado frente a las tiendas del centro, ya que los toldos de algunos establecimientos, colocados demasiado bajos, molestaban a los transeúntes.

“Ayer mismo, en un choque con uno de esos aparatos, una señorita perdió las alas del pájaro, cinco guindas, medio racimo de uvas y tres plumas del sombrero que llevaba puesto.”¹⁵

En la década del 20, eran famosos los sombreros de Doña Delia Matte de Izquierdo, la hermosa, rica y excéntrica presidenta y fundadora del Club de Señoras. Fue famosa la anécdota de cuanto solicitó a un cierto conferenciante o conferencista español, en forma algo precipitada, una charla en el

¹² Editora Internacional: *Baedeker de la República de Chile*, pág. 275, 276 y 324. Imp. Y Lit. América, 1910.

¹³ Vicuña Mackenna, Benjamín: *La Transformación de Santiago*, pág. 24 y 25 Lib. De el Mercurio, 1873

¹⁴ Errázuriz T., Jorge et als: *Estudio social. Monografía de una familia obrera en Santiago*. Imp. Barcelona, 1903.

¹⁵ Calderón, Alfonso: *1900*, pág. 200. Ed. Universitaria, 1979.

Club que presidía. Si la historia o la chismografía santiaguina, que siempre ha funcionado bien, no mienten, la cortés respuesta fue que no tenía tiempo para prepararla y que no acostumbraba hablar a tontas y a locas...

Hacia la época del centenario habían comenzado a desaparecer las grandes barbas y los mostachos insólitos. Un aviso comercial en la revista "Sucesos" mostraba una galería de barbudos y bigotudos con una leyenda que decía:

Así lucían los caballeros elegantes antes que king gam gillite inventara la máquina de afeitar.

Como anota Alfonso Calderón: *"A la llegada de 1900, todas las barbas se empezaron a poner en remojo"*.¹⁶

Otro de los adinículos que comienzan a desaparecer con la llegada del siglo son los "corset", hispanizados a "corsé", prenda femenina destinada a afinar la cintura hasta lo inverosímil y destacar los hemisferios superiores.

Hacia 1920, la moda ha conseguido desalojar definitivamente la "cintura de avispa" y privilegia la silueta natural y adolescente. Es la revolución de las costumbres que llevará en corto plazo a la "melena a la garçon", el charleston, el jazz-band y el cine sonoro.

5. Las festividades del centenario.

En 1894, se designó una Comisión Centenario de la Independencia presidida por D. Agustín Edwards Mc Clure, hombre de empresa, fundador del diario El Mercurio de Santiago y Antofagasta, político, diplomático y escritor. No se pudo establecer, en las colecciones de diarios de la Biblioteca Nacional, la nómina de sus integrantes. En 1907 aparece presidida por D. Juan Luis Sanfuentes, el mismo que asumiera la Presidencia de la República en 1915.

En las reseñas de los medios de la época aparecen comentarios acerca de propuestas atribuidas a la comisión. Entre ellas, la erección de nuevos monumentos y estatuas conmemorativas, entre otras, José Ignacio Zenteno, Camilo Henríquez, José Gregorio Argomedo, Juan Martínez de Rosas.

Citamos textualmente de la Revista Zig-Zag de 26 de julio de 1908:

"Entre las ideas principales propuestas ninguna parece más acertada que la erección de un Arco de Triunfo, coronado por una cuadruga araucana que represente la tradición de una raza guerrera siempre dispuesta a la defensa del suelo. Hay un interés nacional, interés de pueblo generoso, patriota y culto en que ese monumento sea una obra maestra del arte y un testimonio perpetuo de lo que esta generación es capaz de hacer para honrar a las anteriores y un punto de cita para el pueblo en los grandes días de la vida nacional."

En algún día del mes de Septiembre de 1910, pudo haberse colocado la primera piedra de Arco de Triunfo, entre discursos alusivos a la potencia de la raza, descargas de fusile-

ría, vítores de la muchedumbre y bandas militares. Sospecho que sitio predestinado es, hoy día, el lugar en que está ubicado el monumento a don Alonso de Ercilla y La Araucana.

De las otras primeras piedras, nunca más se supo...¹⁷

Si los escultores nativos vieron frustradas sus esperanzas de pasar a decorar los espacios santiaguinos, esos espacios fueron ocupados por las colonias extranjeras: la Fuente Alemana y la Columna de los franceses en el Parque Forestal, el Ángel y el león en Plaza Italia y Don Alonso de Ercilla en la Plaza de su nombre.

Lo que resta de positivo y perdurable del Centenario es que dejó algunos de los edificios y espacios más emblemático de la época. Ellos son, breve:

Palacio de Bellas Artes. Proyecto de Emilio Jecquier iniciado en 1905 e inaugurado el 10 de Septiembre de 1910.

Tribunales de Justicia. Proyecto de Emilio Doyere iniciado en 1905. La primera etapa se inauguró en 1911. La segunda etapa se inició en 1928 tras la demolición del antiguo e histórico Tribunal del Consulado.

Estación del Mercado, hoy Centro Cultural Mapocho. Proyecto de Emilio Jecquier iniciado en 1905 e inaugurado en 1912.

Parque Forestal. Proyecto de Georges Dubois construido sobre los terrenos ganados a río tras la terminación de las obras de canalización iniciadas en el gobierno de Balmaceda. Inaugurado en 1910.

En todos ellos, la imprenta de la Escuela de Bellas Artes París. Los diarios de la época, naturalmente, se refieren al Palacio de Bellas Artes como "Petit Palais..."

La importancia urbana de las obras mencionadas, ha opacado la realización de otras obras públicas de tanta o mayor trascendencia para el destino de la ciudad y sus habitantes. Se trata de los servicios de urbanización: regularización y ampliación de las redes de agua potable, red de alcantarillado y electricidad.

Entre ellas, la mayor significación por sus efectos sanitarios es el alcantarillado, inaugurado en 1910, tras casi 300 años de acequias que desembocaban, a tajo abierto, en el canal de Negrete. (Avenida del Brasil.). La red cubría la totalidad de las calles de Santiago, con 200 kilómetros de extensión con dos colectores matrices que desaguaban en el río Mapocho y el Zanjón de la Aguada.

Hacia 1910, los servicios de movilización colectiva por medio de tranvías eléctricos, se habían extendido a toda la ciudad y algunas poblaciones cercanas.

Las festividades oficiales fueron esplendorosas. Llegada con pompa y protocolo del Presidente Figueroa Alcorta de Argentina, enviados plenipotenciarios, delegaciones militares, embajadores, etc.

Se sucedieron las inauguraciones y los banquetes, las paradas militares, los conciertos, la Opera, las carreras.

"Las residencias más suntuosas de la capital alojaron a los embajadores y dignatarios. Los mejores y más lujosos carruajes fueron puestos a su disposición. Recuerdo, como si

16. Calderón, Alfonso: *Op. Cit.* pág. 51

17. Correa, Sofía, et als: *Historia del siglo XX chileno*, Sudamericana 2002.



Monumento donado por la colonia italiana en homenaje al centenario de la Independencia de Chile, 1910. Inaugurado en la antigua plaza Colón, actual plaza Italia, hoy se ubica al inicio del Parque Forestal.

fuera hoy, la ornamentación de la ciudad como una hechicería, arcos triunfales decoraban la Alameda, las calles con gallardetes y banderolas, la iluminación dispuesta en cada cuadra con miles de lamparillas...”¹⁸

En fin, una festividad para el auto-lucimiento del mundo oficial y la afrancesada aristocracia local, la clase política” y el “beau monde”.

¿El pueblo?

Mero espectador callejero aplaudiendo el paso de las carrozas oficiales, los desfiles militares, los dignatarios extranjeros y los fuegos artificiales. Su verdadera celebración se realizó, como era y es tradicional, en el Parque, con fondas y ramadas, con tamboreo y huifa, chicha y tinto libreado que terminaba, como también es tradicional, con riñas entre ebrios o “durmiendo la mona” entre los parterres franceses. No era raro que salieran a relucir los cuchillos, que el pasto se tiñera de rojo y que una nueva “animita” terminara haciendo milagros para las almas simples.

Auto-bombo.

La auto complacencia llega hasta lo ditirámico en el editorial de el diario El Mercurio del 18 de septiembre de 1910:

PRIMER CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA 18 de Septiembre de 1910

“Se cumplen hoy cien años desde el día en que los ciudadanos de Chile iniciaron el movimiento emancipador de la metrópoli. Hemos vivido un siglo como nación libre y podemos sin falsa vanagloria y sin exageraciones de amor propio nacional, mirar hacia atrás con íntima satisfacción, cierto de que el primer siglo termina para nosotros en con-

diciones que hubieran satisfecho el patriotismo de los fundadores de la República.

En el orden material, hemos dado un vigoroso impulso a nuestras industrias. En el orden de la defensa hemos logrado organizar el primer ejército de América y tenemos una marina con espléndida tradición.

En instrucción pública hemos levantado al nivel de los países más adelantados nuestros métodos y programas esforzándonos por orientar la educación en el sentido práctico que armonice con las instituciones democráticas que nos rigen.

El crédito de Chile es sólido. Los mercados europeos nos ofrecen dinero para fecundar nuestro progreso.

Nuestra Justicia tiene prestigio y goza, dentro y fuera del país de fama de honrada y prudente.

El cuadro de nuestra situación presente es risueño y sólo nos falta para entrar con planta segura en el segundo siglo de vida libre que fortifiquemos cada día más en nuestros ánimos la fe en el destino de Chile y la confianza en la fuerza moral y física de la raza.

¡EXCELSIOR! Es el grito que se escapa de nuestra alma en este momento. La mirada atrás sólo debe servir para infundirnos una enérgica seguridad en el porvenir”.

Tal era el ánimo oficial en el año del centenario.

No es extraño, entonces, que se silencie la creciente efervescencia popular que se manifiesta en la aparición de grupos “de resistencia” ligados al anarquismo y socialismo. Esos grupos editan periódicos con los nombres de “El Rebelde”, “El Acrata”, “El Trabajo”, “El Grito del Pueblo”, “el Proletario”, todos ellos entre 1894 y 1908.¹⁹

Nada se dice de las gravísimas huelgas de Santiago, (1905), Antofagasta (1906), Iquique, (1908), primeras manifestaciones históricas del descontento popular. Esta última, sofocada con la tristemente célebre matanza de la escuela de Santa María.²⁰

Más significativa aún es la omisión de la “Pastoral sobre cuestión social” del Arzobispo de Santiago Monseñor Juan Ignacio González Eyzaguirre, emitida con ocasión del Día del Trabajo del año del centenario. Allí se señalaba la preocupación de la Iglesia por las condiciones de vida, de trabajo y de explotación de la clase trabajadora.²¹

Los aguafiestas.

Ninguna celebración aparecerá completa sin la presencia de un aguafiestas, lo que, por otra parte, parece ser inherente a la idiosincrasia nacional.

Alejandro Venegas, con el seudónimo de Julio Valdés Canje, publica en 1910 una serie de cartas dirigidas al Presidente electo D. Ramón Barros Luco, como contrapartida al jolgorio general.

¹⁸ Balmaceda Valdés, Eduardo: *Op. Cit.* Pág. 125.

¹⁹ Castedo, Leopoldo: *Op. Cit.* Pág. 104.

²⁰ Castedo, Leopoldo: *Op. Cit.* Pág. 302, 304, 322 y 327

²¹ González E. Juan Ignacio: “Pastoral sobre la cuestión social”, *Revista Católica* N° 244 (10, V-1910)

“Acabamos de celebrar nuestro centenario y hemos quedado satisfechos, complacidos con nosotros mismos. No hemos esperado que nuestros visitantes regresen a su patria sin que nuestra prensa nos haya proclamado pueblo cultísimo y sobrio, ejemplo de civismo, espejo en que deben mirarse todos los pueblos que aspiran a ser grandes.

¿A quién hemos engañado con este desvergonzado sainete? Los extranjeros, sin mayor esfuerzo han podido convencerse de la abyección en que viven nuestras clases menesterosas. Nuestras ciudades son un amasijo de mármol y de todo, de mansiones que aspiran a palacios y de tugurios que parecen pocilgas. Santiago no ha podido ocultar sus calles mal pavimentadas, sus acequias pestilentes, sus horrorosos conventillos y desaseados barrios pobres.

Alrededor de Santiago han brotado veinte o treinta poblaciones, sin pavimento, alumbrado ni agua, que serán la causa que ni en cien años nuestra capital deje de ser un inmenso caserío, sin comodidad, sin belleza y sin higiene.²²

Diez años mas tarde aparece “El roto” de Joaquín Edwards Bello, obra que constituye el testimonio de una realidad urbana y social que muchos hubieran preferido ocultar. Se hace allí una descarnada descripción del barrio Estación Central, a escasas cuadras del Portal Edwards, sitio de reunión vespertino de la sociedad santiaguina.

“Detrás de la Estación Central de Ferrocarriles, llamada Alameda por estar a la entrada de esa avenida espaciosa que es orgullo de los santiaguinos, ha surgido un barrio sórdido, sin apoyo municipal. Sus calles se ven polvorientas de verano y cenagosas en invierno, cubiertas de harapos, desperdicios de comida, chancletas y ratas podridas. Mujeres de vida airada rondan por las esquinas al caer la tarde, evitando el encuentro con policías.

Al lado de la estación empiezan las sucias madriguas. De las cocinerías y cantinas llegan a la calle las acres emanaciones del humo de las fritangas...

Es osado aventurarse por esos contornos donde flota la influencia asesina del alcohol. En las casas de empeño hay aglomeración de mujeres que empeñan zapatos, faldas, colchones para poder dar mendrugo de pan a la prole que chilla en la mugre de la covacha.

Quando las luces del alba clarean, la policía empieza a descubrir entre los montones de estiércol, hundidos en los baches, hombres destripados... en el charco de sangre que se convierte en barro.”²³

6. Datos estadísticos.

Los datos estadísticos no hacen sino corroborar la grave situación sanitaria de la capital.

En 1907, la mortalidad general alcanzaba al 41.2 por mil y la mortalidad infantil a 33.0 por mil. Las expec-

tativas de vida calculadas para el período 1910-1922, eran de 31.5 años.

La viruela era un mal endémico en el país. Se calculaba que entre 1880 y 1907 habían fallecido 73.538 personas y que el número de afectados por la enfermedad había llegado 144.000. En Santiago constituía la primera causa de muerte con 2.138 fallecidos en 1907, (49.6%)

El proyecto sobre “vacunación obligatoria” había sido combatido en nombre de la libertad y el derecho individual.

La segunda causa era la tuberculosis con 1.362 fallecidos en 1907 (30.9%). El restante, hasta completar el 100% se distribuía entre la fiebre tifoidea, sarampión, coqueluche, escarlatina, difteria, erisipela y cáncer. (24)

La población calculada para Santiago al 31 de Diciembre de 1909 era de 350.475 personas. De ellas, 75.000, (21%), vivían en 1.600 conventillos.

La natalidad general alcanzaba al 33 por mil con 11.433 nacimientos, de los cuales el 46.6% correspondía a hijos ilegítimos. El número de niños fallecidos menores de un año alcanzaba a 5.310. (34.7%).

Los barrios periféricos, con sus acequias, pantanos y basurales, moscas y ratones, eran verdaderos “caldos de cultivo” para bacilos, estreptococos, estafilococos, neumococos y treponemas.

De allí nacen, entonces, el hospital San José, de tuberculosos, al costado del Cementerio General, el Lazareto de San Vicente en Avenida Independencia y el Cementerio de Apestandos al poniente de Vivaceta.

7. Conclusiones

Quando comencé la rebúsqueda en diarios y revistas, libros y documentos grabados y fotografías para cumplir con el cometido de hacer un artículo sobre “Santiago 1900”, sentía una suerte de expectación y gozo adelantado por lo que esperaba encontrar.

Mi visión previa aparecía condicionada por el aura romántica del siglo XIX con todo lo que significaba en términos de arte, arquitectura, literatura y música. La idea subyacente de “París en América” era, a la vez, sugestiva y motivadora. Goethe dijo alguna vez que todo hombre sensible tiene dos patrias, la suya y París. Ese era de alguna manera mi estado de ánimo.

Me atraía la idea del paralelo cultural. Yo había leído, por supuesto, “Los Trasplantados” y “Criollos en París” pero no había imaginado ese trasplante al revés, el de los chilenos que vivían “a la francesa” entre el Sena mapochino y los Campos Elyseos de la Alameda. No era asimilación cultural sino pura y simple imitación y, en cierta forma, pose “pour epater le bourgeois”.

Lo que finalmente me sorprendió, desconcertó y deprimió, fue el descubrimiento de ese otro siglo XX, el siglo

22. Valdés Canje, Julio: “Sinceridad: Chile en 1910”, Nacimiento, 1928.

23. Edwards Bello, Joaquín: “El roto” pág. 1 y 2. Nacimiento, 1920.

24. Covarrubias, Alfonso: “Santiago en 1910”, pág. 42-45. Imprenta Universitaria, 1910.



Estación Central y plaza Argentina, Santiago de Chile, 1910. Fue iniciada su construcción en 1897 y terminada en el año 1900.

XX a la chilena. El del contraste entre opulencia y pobreza entre cultura e ignorancia, entre el Champaña de la Veuve Clicot y el agua de las acequias, entre el palacio y el tugurio, entre el Chile sin problemas y el Chile sin esperanzas.

Eso es lo que no aparece en las historias oficiales...

Lo descubrí en Pérez Rosales, José Zapiola, Benjamín Vicuña Mackenna, Alejandro Venegas, (alias Julio Valdés C.), Joaquín Edwards Bello y Alvaro Covarrubias.

En el otro lado de la medalla, Eduardo Balmaceda Valdés y sus alambicados recuerdos de sociedad, Alfonso Calderón y la “Belle Epoque” con toda suerte de detalles pintorescos y divertidos y, sobre todo, en esos viajeros como Wiener. Chile y Cordemoy que nos miraron fría y desapasionadamente y que vieron lo falso de nuestro afrancesamiento.

Este artículo no habría salido jamás sin ellos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

La cultura de las ciudades, Lewis Mumford. Emece editores, B. Aires.

Resumen de la Historia de Chile, Leopoldo Castedo. Zig-Zag, 1954
Recuerdos del Pasado, Vicente Pérez Rosales. Imprenta Gutenberg, 1888.

Recuerdos de treinta años, José Zapiola. Zig-Zag, 1945.

Francia y los franceses en Chile, J. Pierre Blancpain. Hachette, París 1987.

Chile et chiliens, Charles Wiener. Lib. Cerf., París, 1888.

Les Républiques hispano-américaines, Theodore Chile. Hachette, París, 1891

Au Chili, C. de Cordemoy. Hachette, París, 1899

Del Presente y del Pasado, Eduardo Balmaceda Valdés. Ercilla, 1941.

Baedeker de la República de Chile, Editora Internacional. Imp. y Lit. América, 1910.

La Transformación de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, Lib. de el Mercurio, 1873

Estudio social. Monografía de una familia obrera en Santiago. Jorge Errázuriz T., et als. Imp. Barcelona, 1903.

1900, Calderón, Alfonso. Ed. Universitaria, 1979.

Historia del siglo XX chileno, Sofía Correa et als. Sudamericana 2002. “Pastoral sobre la cuestión social”, Juan Ignacio González E. *Revista Católica* N° 244 (10, V-1910)

Sinceridad: Chile en 1910, Julio Valdés Canje. Nacimiento, 1928.

El roto. Joaquín Edwards Bello. Nacimiento, 1920.

Santiago en 1910. Alfonso Covarrubias. Imprenta Universitaria, 1910.